



Dios, con esta abnegacion hácia su iglesia, es como habla y obra en todas partes el conquistador Carlo-Magno. Por otra acta de 28 de Setiembre del mismo año, establece un señor llamado Trutman, conde de Sajonia, para hacer justicia á estos pueblos.

San Villehade, despues de su consagracion, siéntese animado de nuevo ardor por la salvacion de las almas y por su propia santificacion. Desde su juventud observó gran abstinencia, no bebiendo vino ni otro licor que pudiera embriagar, ni comiendo carne, leche, ni pescado. Muchas veces, al fin de su vida, el papa Adriano le mandaba comer pescado, por sus frecuentes enfermedades: derramaba abundantes lágrimas en la celebracion de la misa; sus delicias eran la lectura de los libros santos y la meditacion de la ley del Señor; recitaba diariamente el salterio completo y á menudo muchas veces al dia, y lo que predicaba con la boca lo confirmaba con el ejemplo. Dedicó bajo la advocacion de San Pedro la catedral que hizo construir: la edad y las enfermedades no le impidieron recorrer su vasta diócesis para confirmar á los pueblos en la fe. Durante una de estas visitas cae enfermo y muere en una villa de Frisia llamada Plexem: se traslada su cuerpo á Bremea y es enterrado en la catedral. Fué misionero treinta y cinco años y obispo dos años, dos meses y veintiseis dias, obrándose muchos milagros sobre su sepulcro. San Auscario, su tercer sucesor y primer arzobispo de Hamburgo, ha escrito su vida, así como los principales milagros obrados en su sepulcro y de que á menudo era testigo ocular. La Iglesia venera su nombre el dia 8 de Noviembre, dia de su muerte (1).

Refiérese como muy verosímil á este tiempo una capitular de Carlo-Magno tocante á la Sajonia, conteniendo treinta y cuatro artículos, cuya mayor parte se dirigen á la seguridad de esta Iglesia naciente. Ved los principales: Las iglesias que actualmente se construyen en Sajonia serán honradas, por lo ménos, tanto y aún más que lo eran los templos de los idolos: servirán de asilo á los que en ellas se refugian, y

(1) Act. Bened., sec. 3, pars 2.

permanecerán en paz hasta que se presenten á la asamblea para ser juzgados, y por honor á Dios y á sus santos, como por respeto á la Iglesia, no se les condenará á muerte ni á mutilacion. Prohibe, bajo pena de la vida, el quemar una iglesia, violentarla ó robar alguna cosa. Igual pena contra cualquiera que mate á un obispo, sacerdote ó diácono. Es decir que estos asesinos no podrán ser rescatados como lo eran los otros, segun las leyes bárbaras. Bajo la misma pena prohibe sacrificar un hombre al demonio, quemar á alguno como hechicero, comer ó hacer comer su carne, por suponer que estos hechiceros comian á los hombres. Prohibe quemar los cuerpos de los muertos, segun el uso de los paganos; comer carne en cuaresma por menosprecio de la religion cristiana, y el sacerdote examinará siempre si se come por necesidad. Todos estos crímenes son castigados con la pena de muerte. Tambien se condena á muerte á todo sajón que, ocultándose entre la multitud, menosprecia el bautizarse, y cualquiera que conspira con los paganos contra los cristianos. El fin principal de estas leyes tan severas, era el intimidar á los bárbaros y procurarles su conversion: por esto dice, que cualquiera que no haya cometido estos crímenes más que en secreto, podrá recurrir al sacerdote, y confesándose y sometiendo á la penitencia, se librará de la muerte, bajo el testimonio del sacerdote.

Se bautizarán los niños dentro del año, bajo pena de una multa: los matrimonios ilícitos son tambien multados, los cuerpos de los sajones cristianos serán llevados á los cementerios de las iglesias y no á las tumbas paganas. Los que hagan votos á fuentes, árboles, ó comido en honor de los demonios, pagarán una multa, ó si no tienen, servirán á la iglesia hasta que paguen; igualmente los adivinos y hechiceros. A cada iglesia se le dará una granja ó alquería con dos mansos, es decir, dos casas con siervos y tierras para alimentarlos, y ciento veinte hombres libres contribuirán á dar á la iglesia un hombre y una mujer de condicion servil. Se pagará á la Iglesia el diezmo de todo, áun de lo que pertenece al fisco. No se tendrá asamblea alguna secular los domingos y fies-



tas, á no ser por gran necesidad; pero se reunirán todos en la Iglesia para oír la palabra divina y dedicarse á la oracion y buenas obras (1).

San Ludger, sin embargo, destinado por Carlo-Magno en 787 á la conversion de los frisones orientales, se dedica con mucho celo. Entre los que tiene la dicha de convertir hállase Landerico, hijo del príncipe del país. El santo misionero, que fué su padrino, le instruyó con cuidado en las sagradas letras, y despues le ordenó de sacerdote. Landerico no engaña sus esperanzas. Fué mucho tiempo jefe de la escuela entre los frisones, y el más firme apoyo de esta cristiandad, tanto por su celo como por el crédito que le da su nacimiento.

Dios autoriza con prodigios la predicacion de Ludger. Hallándose un dia comiendo con sus discípulos en casa de una señora frisona, se le presenta un hombre ciego hacia tres años, llamado Berulef, muy conocido y amado en el país, porque cantaba con gracia los combates de los antiguos reyes de su nacion. Estas canciones, conservadas en la memoria por la tradicion, eran los únicos monumentos históricos en la mayor parte de estos pueblos, y Carlo-Magno fué el primero que las mandó escribir. Ludger, mirando al ciego con aire risueño, le pregunta si quiere confesarse con él y recibir la penitencia. Berulef, que no contaba con esta pregunta, acepta, sin embargo, la proposicion, y Ludger le da cita para la mañana siguiente. Llegados al lugar de la cita, Ludger oye su confesion y le impone la penitencia, despues le hace la señal de la cruz sobre los ojos, y poniendo delante su mano, le pregunta si ve alguna cosa, y responde lleno de alegría que ve su mano; acercándose al lugar llamado Werthem preguntale Ludger si reconoce este lugar, y le asegura que distingue las casas y los árboles; entónces le conduce á un oratorio, y despues de dar gracias á Dios: Jurad, le dice, que mientras viva no diréis á nadie que he sido yo quien os ha curado. Berulef lo jura y cumple su palabra. Hízose algunos dias el ciego para mejor ocultar al autor de su curacion, y no

(1) Baluz., t. I, p. 251.

contó el milagro hasta la muerte del santo.

San Ludger, obligado á salir de Frisia durante una segunda persecucion, encarga á Berulef vaya de casa en casa bautizando, con el permiso de las madres, á los niños moribundos, por inmersión ó por infusion; de este modo bautizó á diez y ocho que murieron en seguida, ménos dos á quien despues confirmó Ludger. Lo que aquí se dice del bautismo por infusion, prueba tan sólo que está en uso para los enfermos. Berulef murió santamente en una edad avanzada. Su mujer, al verle moribundo, decia derramando lágrimas que no podria sobrevivirle: Consolaos, la dice; si yo tengo algun poder junto á Dios, pronto me seguiréis; y en efecto, muere quince dias despues que él.

Cuando la cosecha fué abundante en Sajonia, Carlo-Magno encarga á Ludger que cultive la parte occidental, lo que hizo sin dejar el cuidado de la mision de la Frisia: para facilitar el progreso del Evangelio propone consagrar obispo á alguno de sus discípulos, pero Hildebaldo, obispo de Colonia, le obliga á él mismo á aceptar el episcopado, y le responde con las palabras del Apóstol:—Es necesario que el obispo sea sin tacha.—¡Ay! respondió Hildebaldo, con respecto á mí no se ha observado esta regla. Instó nuevamente á Ludger, que al fin se vió obligado á someterse á los deseos del pueblo y á la orden del emperador. Fué consagrado en 801 primer obispo de Mimigardfort, despues Munster, á causa de un monasterio de canónigos que construyó el santo obispo.

Algunos años ántes habia hecho construir, en un terreno de su patrimonio, el monasterio de Werden, cuya fundacion se sospecha fuese el año 795: tambien fundó otro en Helmstat. Carlo-Magno, que conocia el uso santo que hacia de los bienes de la Iglesia, le dió con el obispado de Mimigardfort, el monasterio de Lewza en el Brabante. Como Ludger no habia hecho profesion de la vida monástica, aunque practicaba su observancia, desde que fué elegido obispo comió carne y dejó la cogulla; pero no dejó el cilicio, que siempre llevaba oculto debajo de los hábitos.

Siendo obispo curó á otro ciego. Durante la visita de su diócesis, hallábase un dia comien-





dé en cierta villa de Sajonia, y un ciego viene á gritar ante su puerta; manda al diácono le dé pan y comida, pero el ciego no lo quiere; le da de beber y también lo rehúsa, diciendo que sólo deseaba presentarse ante el obispo para que le socorriera; el diácono, no comprendiendo lo que quería, le deja, y el ciego principia á gritar más fuerte que ántes; Ludger le envía dinero, que igualmente rehúsa, diciendo que sólo quería hablar al santo obispo. Siendo introducido, le dice Ludger:—Hermano mio, ¿qué me queréis?—Haced, le dice, que yo vea, por el amor de Dios.—¿Que veais por el amor de Dios! replicó Ludger asombrándose de esta petición; y al instante, aunque dichas palabras no las repitió más que para atestiguar su sorpresa, el ciego recobró la vista, y sentándose á la mesa comió y bebió con grande alegría.

Tuvo el santo obispo ardiente deseo de ir á predicar el Evangelio á los normandos; es decir, á los daneses y otros pueblos del Norte, pero no pudo conseguir el permiso de Carlo-Magno, que le creía necesario en la Germania. En una época en que aún no se temía, tuvo revelación de los estragos que un día harían los normandos en el imperio de los francos, y derramando lágrimas se lo predice á su hermana Heriburga, la cual exclama: ¡Quiera el Señor sacarme de este mundo ántes que sucedan estas calamidades! Ludger la responde: no será así; estas desgracias sucederán mientras vivas, pero yo no las veré. En efecto; cuando Aelfrido, segundo sucesor de San Ludger, escribía estos detalles dictándose los Heriburga, los normandos habían quemado las iglesias y monasterios de estos lugares, y convertido las campiñas en un desierto.

Las muchas obras de caridad que hacia Ludger fueron causa de calumnia por parte de algunos envidiosos: porque distribuía liberalmente á los pobres sus rentas, fué acusado ante Carlo-Magno de dilapidar los bienes de su iglesia, y recibió orden de ir á dar cuenta de su conducta. Llega á la corte y toma alojamiento junto al palacio del emperador. Sabiendo Carlo-Magno su llegada le manda aviso en ocasión que rezaba el oficio divino, y responde que irá á la audiencia cuando termine sus oraciones;

el emperador, impaciente por verle, le envía hasta tres avisos, sin que nada obligue á interrumpir al santo obispo; cuando hubo concluido fué á saludar al emperador, que le dijo con emoción: obispo, ¿de dónde proviene tan poco respeto á mis órdenes, y por qué obligarme á enviaros tantos recados? Príncipe, le responde, ha sido porque creía deber preferir á Dios ántes que á vos y á todos los hombres; es lo que me habeis mandado hacer al darme el obispado. Obispo, le replica Carlo-Magno, os doy las gracias por encontraros tal cual os creía; alguno han interpretado mal vuestras obas, pero yo os prometo que no los escucharé.

Hildegim, hermano de San Ludger, también se distinguió por su piedad. Carlo-Magno le dió el obispado de Chalons-sur-Marne, que parece dejó despues de la muerte de su hermano Ludger, acaecida en 809 el 26 de Marzo, en cuyo día le celebra la Iglesia. Ludger, aunque enfermo hácia el fin de su vida, celebraba diariamente la misa, y el domingo de Pasión, que precedió á la noche en que murió, predicó dos veces. Sus discípulos quisieron enterrarle en Werden, como lo había ordenado, pero el pueblo se opone, y se deja su cuerpo como en depósito en la iglesia de Mimigardford. Durante este tiempo obtiene Hildegim orden del emperador para ejecutar la última voluntad de su hermano. Le sucede en el gobierno del monasterio de Werden, y Gerfrido, su sobrino, en la silla de Munster. La vida de San Ludger fué escrita por Alfrido, su segundo sucesor y hermano del santo, por su hermana Heriburga, religiosa, y por su sobrino Gerfrido (1).

Carlo-Magno extiende su celo con sus conquistas. Pipino, su hijo, rey de Italia, habiendo subyugado á los hunos en 796, extendió el imperio de los francos hasta la embocadura del Drave, en el Danubio, y encarga á Arnon, obispo de Salzburgo, instruya en el cristianismo á estos nuevos súbditos, mezcla de hunos y eslavos. La conquista de este país, habiendo dilatado la jurisdicción del obispo de Salzburgo, fué constituida esta iglesia en metrópoli dos años despues. Arnon, que se cree fué her-

(1) Acta SS. 26 Marzo. Act. Bened., sec. 4, pars 1.



mano de Alcuino, había sido abad de Elocon, es decir, de Saint-Amand. Fué elevado á la silla de Salzburgo en 786, despues de la muerte de San Virgilio, que gobernó la Iglesia cuarenta años. Habiendo ido entre los hunos y eslavos, instruye al pueblo, consagra iglesias y ordena sacerdotes: á su vuelta dice á Carlo-Magno que se haría gran cosecha si se establecía un obispo; pregúntale el príncipe si sabía de un sujeto á propósito, y propone á Teodorico, que por orden suya le consagra, y despues, con el conde Geroldo, le manda á Eslavonia, le pone entre las manos de los señores y le recomienda la Carintia. El arzobispo Arnon le concede absoluto poder sobre este país para predicar, fundar y dedicar iglesias, ordenar sacerdotes y establecer toda disciplina eclesiástica, con la condición tan sólo de reconocer la superioridad de la silla de Salzburgo; Arnon, por su parte, continúa trabajando con gran celo en la conversión de estas naciones bárbaras. Su prudencia ríndele amable á los señores y á los pueblos, que de tal manera se le someten, que se hace obedecer sólo con enviarles no una carta, sino un papel en blanco. Hace comer á su mesa á los esclavos cristianos y los da de beber en copas doradas, mientras que á sus amos, paganos, los manda sentar fuera, arrojándolos la comida como á los perros; y cuando le preguntaban por qué los trataba así, les decía: como no habeis sido lavados en el baño saludable, no sois dignos de comunicar con los que han tomado un nuevo nacimiento. Esta conducta los excita á instruirse, y se apresuran á recibir el bautismo (1).

Sin embargo, en la corte y ejércitos de Carlo-Magno había un jóven, hijo del conde de Maguelonne, descendiente de una noble familia goda, establecida en Francia, llamado Benito. Educado en la corte de Pipino, le hizo su copero; Carlo-Magno le conservó en el mismo puesto, y ambos príncipes lo colmaron de honores y riquezas. Á los veinte años, iluminado por la gracia y tocado del amor celestial, este jóven señor resuelve abandonar el mundo. Continúa aún tres años, más con el cuerpo

que con el espíritu, no hablando de su proyecto más que con Dios y ensayándose en el mismo mundo en todas las virtudes de la soledad; guardando perfecta castidad, reprimiendo su lengua, privándose de alimento y de sueño. Examina qué género de vida quiere abrazar, si tomar el traje de peregrino, ó ajustarse como criado para guardar rebaños ó hacerse zapatero de un pueblo para tener que dar á los pobres. El año 774 hállase con uno de sus hermanos en la conquista de Lombardia. Su hermano, habiendo querido atravesar un río, estuvo á punto de ahogarse: entónces Benito, no escuchando más que á su ternura, arrójase con el caballo al agua y toma á su hermano de la mano, pero al quererle salvar pónese él en un peligro mayor; en este extremo recurre á Dios y hace voto de consagrarse á su servicio por el resto de su vida, si se digna librarle del peligro en que está de perderla; al instante es oído y el reconocimiento no le consiente diferir lo que largo tiempo deseaba. Pero para evitar los obstáculos, al volver á su país no descubre su proyecto más que á un santo y ciego religioso llamado Vitmar; por consejo suyo finge Benito un viaje á Aix-la-Chapelle, donde estaba la corte, y al ir, entra en el convento de Saint-Seine en Borgoña, despide á los que le acompañaban y toma el hábito monástico. Pasa dos años y medio en la penitencia más austera; el pan y el agua eran todo su alimento, la dura tierra, su cama, y su reposo la fatiga.

Su abad creyó deber moderar un fervor que parecía indiscreto, y le reprende por llevar demasiado léjos el amor á la austeridad; pero Benito, que quizá no se hallaba aún iluminado sobre el mérito de la obediencia, no se contiene á las reprensiones del superior; cree además que la regla de San Benito no era más que para los débiles, y aspira á practicar las de San Basilio y San Pacomio. Para distraerle de su continua aplicación á los ejercicios de piedad, se le da el cargo de despensero; ejércele con exactitud, pero con una caridad que le gana los corazones de sus hermanos, de tal manera, que muerto el abad, toda la comunidad le escoge para reemplazarle, aunque no llevaba más

(1) Canis. Ant. Lect., t. 6, p. 1144. Vit. S. Rup.





que cinco años de religioso. Benito no pudo evitar esta dignidad más que por la fuga. Retirase á su país para edificar á los que otras veces pudiera haber escandalizado; construyó, en union del santo hombre Vitmar, un pequeño monasterio en territorio de su padre, sobre el arroyo Aniano, cerca del rio Herault. Vivió en la mayor pobreza con algunos discípulos que vinieron á ponerse bajo su direccion. Estos religiosos no poseian ni viñedos ni ganados; no bebían vino sino los domingos, y los demás días no tenían otro alimento que pan y agua, á no ser que algunas mujeres de los contornos los llevaran legumbres por compasion; y tan mal vestidos, que al oficio de media noche asistían con las cubiertas de las camas para abrigarse: pero cuanto más les faltaban los bienes terrenales, más ricos eran de los del cielo.

Por lo general la laxitud en los monasterios es lo que los deja desiertos; la regularidad y austeridad del de Aniano atrajeron tantos discípulos á Benito, que tuvo necesidad de construir otro mayor en el mismo sitio: ensanchó el edificio, pero no la pobreza: cubrió los techos con paja, dió libertad á los esclavos que se daban al monasterio, quiso que se vieran hasta sobre el altar las señales de la pobreza religiosa, no usando entónces para el sacrificio de la misa más que cálices de madera, despues de cristal y estaño, y por último de plata y oro; pero rehusa constantemente servirse de casullas de seda, dando á otras iglesias las que se le ofrecían.

Benito hizo ver que los pobres encuentran á menudo más recursos en la caridad de los que apenas tienen lo necesario, que en lo superfluo de los ricos. Durante el hambre que affligió á la Gaula en 793, reservó lo absolutamente necesario para la subsistencia de los monjes hasta la recolección, y el resto lo distribuía diariamente entre los pobres, que no teniendo nada, habían formado cabañas al rededor del monasterio, y por tres veces tuvo que reducir lo que había guardado para sus monjes. El demonio, celoso de tantas virtudes, quiso introducir la turbacion en el monasterio, ya por los ladrones, ya por otros medios, pero Benito con su paciéncia inalterable destruía sus

astucias; cuando se prendía á un ladrón, le soltaba secretamente. Un día que iba de viaje, un hermano que le acompañaba reconoció un caballo del monasterio, sobre el que iba un hombre montado, y dice al punto que aquel caballo era del monasterio; el abad le mandó callar, diciendo que hay caballos que se parecen, diciéndole despues que él también le había reconocido, pero que creía mejor callar que afrentar al hombre. Su ejemplo excitó á otros muchos religiosos á reunir monjes y basar su vida sobre sus instrucciones. Serviales de padre y los asistía en lo espiritual y temporal, los visitaba con frecuencia para alentarlos y sostenerlos contra el temor de la pobreza y otros obstáculos. Así se formaron muchos monasterios.

Carlo-Magno, que conocía el celo y las luces de este santo abad, le envía á combatir la herejía de Félix de Urgel, en España. Á su vuelta, creyó este príncipe que para honrar la virtud del abad y monjes de Aniano, era necesario que la magnificencia de las habitaciones respondiese á su reputacion. Benito tuvo que consentir, y por orden y liberalidad de Carlo-Magno fundó en Aniano el 782 uno de los más bellos monasterios del reino. Había tres iglesias, dedicadas, la principal al Salvador, la segunda á la Santísima Virgen y la tercera, que estaba en el cementerio, á San Juan Bautista. El santo abad redobló sus cuidados para que more siempre el espíritu de pobreza y de mortificacion en estos suntuosos edificios: estableció una escuela de sagradas letras: reunió multitud de libros; enseñase el canto y la lectura, y tiene gramáticos y teólogos instruidos en las Escrituras de los que algunos fueron despues obispos. Aniano fué así para el mediodía de Francia lo que Fulda era para Alemania; un asilo y un seminario para la literatura cristiana.

Temiendo que sus parientes ú otros inquietasen á sus sucesores, fué Benito á ver á Carlo-Magno, y pone su monasterio bajo su real proteccion. Carlo-Magno le otorga un diploma; le da las tierras de al rededor del monasterio y le da cuarenta libras de plata, que Benito distribuye en los monasterios del país, segun las



necesidades de cada uno, porque la caridad para estas santas moradas era su virtud favorita: así es que las visita con frecuencia, las da parte de lo que recibe de la liberalidad de los fieles, é instruye á los monjes en sus deberes. En fin, es el que alimenta á todos los monasterios de Languedoc y de Gascuña; todos le aman como á su padre y le respetan como á su Señor. Viudas, huérfanos, cautivos, desgraciados de toda especie, no olvida á ninguno, y siempre su limosna va acompañada de instruccion. Habiéndose aumentado hasta trescientos el número de sus monjes, construyó otro edificio de cien codos de largo por veinte de ancho, que podía contener hasta mil personas, y en diversos parajes construyó celdas ó pequeños monasterios, á los que dió superiores particulares, que despues se llamaron priores. Muchos obispos, noticiosos de su reputacion, le piden monjes para que sirvan de ejemplo á los demás. Envía veinte á Leydrade, arzobispo de Lyon, para restablecer el monasterio de la isla Bárbara; también le pide Teodulfo, obispo de Orleans, para el monasterio de Mici ó de Saint-Mesmin, asolado durante las guerras de Pipino contra Waifer, duque de Aquitania, y le envía cuatro, que con el tiempo reunieron una gran comunidad (1). Así es como un señor de la corte de Carlo-Magno vino á ser el segundo patriarca del orden monástico en Occidente.

Lo que sigue no caracteriza ménos esta grande época. Entre los famosos capitanes de Carlo-Magno, cuyos hechos cantaron los trovadores, estaba Guillermo, duque de Aquitania, hijo de Teodorico y de Aldana, hija de Carlos Martell. Fué educado en las artes liberales, filosofia, sagradas letras, y en los ejercicios corporales convenientes á su nacimiento. Sus padres le recomendaron á Carlo-Magno para servir en palacio junto á su persona; su conducta fué tan sabia, que sin atraerse la envidia, consiguió gran reputacion: era alto, esbelto y valiente, y Carlo-Magno le concede la primera dignidad de su reino, enviándole á la cabeza de sus tropas contra los sarracenos, con el título de duque de

Aquitania; los arroja de Orange, obteniendo sobre ellos grandes victorias, de tal suerte que no se atrevieron á volver al país.

Habiendo puesto en paz á la Aquitania, se dedica á reparar los desórdenes de la guerra: trabaja día y noche en los negocios públicos, hace observar las leyes, juzga las diferencias, protege á los pobres y débiles, é impide que los señores subyuguen á los súbditos: toma particular cuidado por las personas y lugares consagrados á Dios, honra á los sacerdotes, hace inmensas limosnas y es liberal para con los monasterios, pero especialmente para los fundados y reparados por Carlo-Magno, dándoles tierras y pensiones. Fundó el monasterio de Valgelon en el territorio de Lodove, entre la ciudad y Montpellier, con un hospital para los pobres, dedicando su iglesia al Salvador, y puso monjes de Aniano, que distaba una legua, y cuyo abad era su amigo y su director. En el acta de su fundacion, fechada el 14 de Febrero de 804, y por la que dota al monasterio con grandes bienes, dice que hace todo esto por el descanso de su padre Teodorico y su madre Aldana, difuntos, y por las dos mujeres que ha tenido, Cunegunda y Guitberta, por la salvacion de su alma, por sus hermanos Teudoino y Adalelmo, por sus hermanas Albana y Bertana, por sus hijos Bernardo, Vitchairo, Gotselmo y Helimbruch, y por su sobrino Bertran.

Ocupado estaba en dar fin á esta obra, cuando sus dos hermanas, Albana y Bertana, tan bellas como piadosas, se arrodillan ante él y llorando le dicen: «Señor hermano, oid nuestra súplica, concedednos una gracia, terminad vuestra oblacion ofreciéndonos al Señor, porque nuestro voto es el de tomar aquí el hábito de religion y perseverar hasta que Dios nos llame.» Conmovido profundamente Guillermo, accede á su piadoso deseo, construyéndolas un monasterio á veinte pasos del primero.

A menudo se le representa el ejemplo de sus hermanas; alégrase por ellas, pero se disgusta de sí mismo. Enójase al verse precedido por mujeres en esta milicia del cielo, él, que en las batallas de la tierra había sido siempre el primero entre los hombres. Sentía el no poder vivir con los religiosos á quienes acababa

(1) Act. Bened., sec. 4., pars 1. Act. SS., 12 de Febrero.